

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 35.—15 de Agosto de 1871.

Dios es caridad. (San Juan)
Epíst. I, 4, 8.



LA CUESTION SOCIAL.

CARTAS Á UN OBRERO.

Carta séptima.

Apreciable Juan: Hemos visto que cuando naturalmente hay trabajo es un hecho, y cuando no le hay no puede ser un *derecho*, porque nadie tiene derecho á lo imposible. Tú me dirás tal vez: *yo he visto promover obras públicas para dar trabajo*. Es cierto; y la objecion merece que nos detengamos un momento en ella.

Hay casos de escasez, de epidemia, en que peligra el orden público. Entonces se promueve una obra para que los miserables no se mueran de hambre ó maten desesperados. Si la obra es útil, y el Estado ó la corporacion que la promueve tiene fondos ó puede proporcionárselos con un interés moderado, el trabajo está en condiciones económicas, es beneficioso, y la necesidad no ha hecho mas que vencer el descuido, la inercia, ó, como tantas veces sucede, inspirar un pensamiento que sin ella no hubiera ocurrido.

Si la obra no es útil, ó no lo es tanto que pueda compensar los sacrificios pecuniarios indispensables para llevarla á cabo; si tal vez los fondos que se emplean se han tomado á un subido interés, que saldrá del presupuesto del Estado, entonces se da limosna, se evita un motin ó una rebellion; es cuestion de beneficencia ó de orden público; las medidas que se adopten deberán juzgarse bajo este punto de vista, y no son ya de la competencia de la economía política.

Aunque sea muy de paso, he de hacerte notar la mucha prudencia que se necesita para que el Estado ó las corporaciones den limosna en forma de trabajo sin graves perjuicios, que vienen á recaer principalmente en aquellos mismos que la reciben: ejemplo.

El Ayuntamiento de Madrid se cree en la necesidad de dar trabajo á miles de hombres, y no tiene preparada ninguna obra benéfica en que pueda ocupar tantos brazos. No se hace casi nada y el trabajador adquiere hábitos de holganza. Corre la voz de que se gana un jornal por dar perezosamente algunos pasos, y mover de vez en cuando un azadon, ó llevar una espuerta entre cigarro y cigarro; no es para desperdiciar la ganga y acuden á ella aun los que no se hallan necesitados. El número va creciendo; se empieza por disminuir el jornal; aun así hay imposibilidad de pagarlo; se toman precauciones; la fuerza armada interviene, y se empieza á despedir á los trabajadores. Para sostenerlos hubo que tomar dinero á un rédito muy alto, que han de pagar los contribuyentes; y como el pobre lo es, resulta perjudicado con la medida aparentemente benéfica:

1.º Porque ha adquirido hábitos de holganza, que á él perjudican mas que á nadie.

2.º Porque han venido á hacerle competencia personas que no se la hubieran hecho en condiciones normales.

3.º Porque ese dinero con que se le paga devenga un rédito enorme, de que satisfará una gran parte en esta ó en la otra forma, pero que pesará sobre él, porque el Ayuntamiento, en último resultado, no tiene mas recursos que los que saca de los contribuyentes.

La limosna en forma de trabajo pueden darla los particulares con buen éxito, pero dada por el Estado y las corporaciones, tiene grandes inconvenientes. No se puede condenar en absoluto, porque hay casos en que la cuestion de humanidad y orden público lo domina todo; pero conviene que comprendas que has de pagar al cabo tú mismo, y con réditos, ese jornal que á tu parecer te se regala.

Hagámonos cargo ahora de las principales causas de la falta de trabajo, y de este estudio resultará la inutilidad, mas el perjuicio, de recurrir á medidas violentas, que le disminuyen en vez de aumentarle.

Una de las causas de la falta de trabajo puede ser el escesoivo número de trabajadores, ya con relacion al capital disponible, ya respecto á la obra que ha de ejecutarse y tiene un límite. Ahora, por ejemplo, las carreras de medicina y leyes se hacen en dos ó tres años; salen millaradas de abogados y médicos; y como ni los pleitos ni los enfermos aumentan, resulta que es materialmente imposible que tengan ocupacion: aquí la falta de trabajo es falta de que hacer; y el remedio, que de ello se convenzan los que á ellas se dedican: algun otro mas pronto y eficaz podria indicarse, pero esta indicacion nos sacaria de la economía política.

La acumulacion que hay en algunas carreras, por la facilidad de

concluir las ó por las ventajas que ofrecen, puede suceder en todas y en todos los oficios, por esceso de poblacion. Aunque no sea yo de los que toman los cálculos de Malthus como un artículo de fe, y crea que el esceso de poblacion es un mónstruo siempre pronto á devorar la prosperidad pública, no puede negarse que en momentos y países dados crece mas que la posibilidad de darle trabajo, por mucho que prospere la industria y el comercio y abunden los capitales. ¿Qué hacer? ¿Trasladar el sobrante de poblacion á otros países en que falte, como ha hecho Inglaterra? Es como establecer bombas á la orilla del mar, con la pretension de que baje su nivel. Cuando el esceso de poblacion llega á ser un grave mal, no se ve para él otro remedio que la continencia, la moralidad, la dignidad, la razon del hombre, en fin, y su conciencia, que no le permiten formar una nueva familia hasta que tiene medios de sostenerla. Esta es una de tantas veces en que la economía política necesita recurrir á la moral para resolver sus problemas.

Un hombre de primer orden, Montesquieu, ha dicho, que los mendigos no se apuraban por tener hijos en gran número, porque los dedicaban á su propio oficio. En esta clase desdichada, el mal alcanza sus mayores proporciones, que van disminuyendo á medida que el hombre se moraliza, y que el sér racional se sobrepone al bruto. Levantar el nivel de la instruccion y de la moralidad del pueblo, es hacer cuanto hacerse puede para que la poblacion no esceda á los medios de subsistencia. Ese recurso, dirás tal vez, es muy lento, dado que sea eficaz: así es por una desgracia inevitable; inevitable te digo, Juan, porque no hay remedios *breves* para males *largos*.

La falta de trabajo puede provenir tambien, y es en general el caso de nuestra España, no de que no haya que hacer, ni que sobre poblacion, sino de que falte capital, ya porque escasea, ya porque se dedica á especulaciones que no proporcionan trabajo, ó á gastos que alimentan el trabajo de otros países.

En España faltan en general caminos, canales y puertos; faltan industrias; faltan edificios apropiados para prisiones, hospitales y asilos benéficos; faltan casas para pobres; falta que explotar nuestro rico suelo, que con trabajo inteligente produciría mucho mas y mucho mejor. Cuando se intenta hacer algo de todo esto, suele responderse: no hay dinero, no hay capitales.

Mucho tiene de verdad la respuesta: en un país en que se pierde tanto tiempo, no puede haber mucho dinero, ni grandes ahorros donde hay desorden en la administracion pública y despilfarro en los gastos particulares. Para estar en lo cierto hay que partir del

hecho de que España, con un suelo rico, es un país pobre comparado con Inglaterra, Francia, Bélgica, etc., etc. Pero además de que escasean los capitales, se da á muchos una direccion que no proporciona trabajo. El Estado está siempre falto de recursos y de crédito. y toma prestado á un interés crecidísimo, de modo que la especulacion mas lucrativa es darle dinero á rédito. ¿Cómo han de ir los capitales á levantar fábricas, á fecundar nuestro suelo, si empleados en papel ganan un doce por ciento, sin inteligencia y sin trabajo, y mucho mas tomando parte en empréstitos? La deuda pública aumenta, y con ella los que viven de la renta del papel y del *agio*, que se reduce á comprar barato y vender caro, sin haber añadido nada al valor verdadero, al valor útil de la cosa comprada.

Los propietarios, por despilfarro en sus gastos, descuido, completo abandono ó falta de inteligencia en la administracion de sus bienes, se ven en la necesidad de tomar dinero sobre ellos, y dan un subido interés, que es todavía mucho mayor para los que no pueden ofrecer hipoteca ó no la ofrecen inmueble. El atractivo de una gran ganancia sin necesidad de emplear trabajo ni inteligencia, lleva los capitales, como ves, á comprar papel del Estado, á prestarle, ó á prestar á los particulares sumas que no emplean en gastos reproductivos generalmente, sino en superfluidades ó en vicios.

Para el Estado, para los particulares, para todo el mundo, el préstamo, cuando no se dedica á una especulacion benefica, á mejorar fincas, á gastos reproductivos en fin; el préstamo, cuando se consume, cuando se come, es la ruina del que toma prestado: tal es el caso de miles y miles de personas pobres y ricas, grandes y pequeñas, en nuestra patria, y una de las causas mas poderosas de empobrecimiento y de que no haya trabajo. Todos los países, se dirá, tienen deuda y papel y gentes que lo compran y viven de su renta. Es cierto; pero en los pueblos prósperos es menor la deuda pública relativamente á la riqueza; es mayor el crédito; se paga en consecuencia un interés mas reducido, y los capitales no se agolpan á la bolsa, á la usura, al *agio*, en tan grande escala, dejando languidecer la agricultura, la industria y el comercio, donde hallan mayores beneficios.

Hemos hablado de usura, de ese cáncer que nos está corroyendo, y conviene definirla. Entiendo por usura *un interés excesivo del capital, que no guarda proporcion con el trabajo y la inteligencia que emplea el que le cobra, ni con el riesgo que corre, ni con el rédito que se saca de los capitales empleados en empresas beneficas*. Si la definicion es exacta, ¡qué de usureros en nuestra patria! Aquí, Juan, la economía política vuelve á encontrarse con la moral: si las leyes se respetasen

mas, no habria tantos despilfarrados y viciosos que pagasen réditos usurarios, ni para cobrarlos habria tantos hombres sin conciencia.

Pero es necesario ser justos, y comprender las dificultades que entre nosotros ofrecen las empresas verdaderamente beneficiosas para el pais, y que proporcionan trabajo. Hay que luchar con las preocupaciones de la comarca, con la mala voluntad de los que se creen perjudicados, con la poca inteligencia de los operarios, con sus hábitos de holganza, con la falta ó carestía de instrumentos ó ingredientes auxiliares que pagan fuertes derechos, con el mal estado de las comunicaciones, con la poca seguridad que hay para las propiedades y para las personas, con lo abrumador de los impuestos, y de algun tiempo á esta parte con la hostilidad de los operarios, que puede quedar latente, traducirse en huelga, ó ir mas allá.

Ahora dime tú, dígame cualquiera persona de razon y sinceridad, si con tantos obstáculos para realizar un beneficio por una parte y tantas facilidades por otra, no es natural que la balanza se incline del lado del egoismo, y que los capitales corran á la ganancia fácil, y mas cuando *todos lo hacen*. Los males muy generalizados son mas de deplorar, pero son menos imputables á los individuos, porque revelan una especie de complicidad en los casos, que si no los justifica, disminuye no obstante la culpa de cada uno, en esa especie de torbellino en que van envueltos todos. Las cosas malas, malas son siempre, pero la maldad de los que las llevan á cabo varía mucho con las circunstancias: condenemos la mala accion, pero antes de aborrecer ó despreciar al hombre que de ella es responsable, preguntémosles: *En su lugar, ¿hubiera sido yo mejor?* Si no exigiéramos de los otros mas bien que el que somos capaces de hacer, se evitarian muchos odios y muchos rencores que, haciendo daño al que los inspira, hacen todavia mas al que los siente.

Yo te aseguro que me inspira una especie de gratitud y de admiracion cualquiera persona que plantea una industria, mejora un cultivo, construye una fábrica ó un barco, y alejándose de las ganancias fáciles para él, estériles ó perjudiciales para la sociedad, va á buscarlas entre luchas y dificultades sin cuento, y da trabajo al obrero, y beneficios á su pais. Mucho hacen por él los que no desertan de un campo donde se lucha en condiciones tan desventajosas.

Hay otras muchas causas que esplican la falta de trabajo; tales son:

La ignorancia de los que podrian darlo, y no mejoran su propiedad ó no plantean una industria por ignorar las ventajas que puede reportarles.

Ciertos hábitos de avaricia sórdida, que halla su mayor complacencia en contemplar el tesoro guardado.

La desconfianza.

La falta de espíritu de asociacion, que da por resultado un gran capital con los pequeños ahorros de numerosos asociados.

El descrédito en que las asociaciones han caído.

La falta de probidad, que justifica el retraimiento de los que ven un estafador en casi todo el que les propone una especulacion.

Las preocupaciones, que, aunque van desapareciendo, influyen todavía para que cierta clase de personas rehusen dedicarse á empresas que proporcionarían trabajo.

Ya ves, Juan, si estos obstáculos, y otros análogos que omito, pueden hacerse desaparecer á tiros ó dando decretos, y haciendo leyes ú organizando huelgas, y si, arraigados como están, es obra de un día ni de un año el arrancarlos. Para esto se necesita que varíen las condiciones económicas del país; que la seguridad y la moralidad crezcan; y también que varíen los hábitos y las ideas. ¿Deduciremos de aquí que no debe intentarse nada para salir del triste estado en que nos hallamos? No ciertamente. Hay que trabajar mucho, luchar incesantemente, pero sin desalentarse si el triunfo no es inmediato y completo, porque no pueden vencerse en poco tiempo obstáculos que han necesitado mucho para acumularse.

Tú habrás oído hablar de *organizacion del trabajo*: es la piedra filosofal de los alquimistas sociales. Cómo se ha de organizar en el sentido que ellos lo intentan, es decir, de modo que ponga fin á la miseria y á la injusticia, ninguno lo ha dicho, porque no se puede llamar organizacion á los sueños socialistas ni á los delirios de Fourier.

Cuando no hay trabajo, nadie puede tener derecho á él, como te he dicho; cuando le hay, es un hecho; y en cuanto á su organizacion, á esa fórmula superior que ninguno ha dado, puede afirmarse que ninguno la dará. La organizacion del trabajo, como la del Municipio, del Estado, de la escuela, del taller y del ejército, puede acercarse á la perfeccion, pero no puede ser perfecta, porque no lo son los hombres que en ella intervienen.

Yo he sido joven también; yo he sido soberbia, y me he rebelado contra la necesidad del dolor, y he seguido á los que buscaban fórmulas superiores de organizacion social, y aun las he buscado por mi cuenta. Yo he protestado alto, muy alto, en mi corazón y en mi conciencia, contra todo lo existente, y he querido una renovacion completa, absoluta. Los innovadores mas atrevidos no me parecían imprudentes, ni los soñadores mas delirantes, insensatos. ¡Juzgaba

tan cuerdo y tan razonable á todo el que me decia: *los hombres van á dejar de ser desdichados!* La pasion del bien me arrastraba; pero al estrellarme contra la realidad sentia el golpe, y recibí tantos, que se templó mi alma, y tuve bastante fuerza para no cerrar los ojos á la luz que los heria dolorosamente: entonces vi una cosa muy sencilla; vi que toda institucion humana ha de ser imperfecta como el hombre, y que toda imperfeccion ha de producir dolor. Acepté, pues, el dolor como una cosa inevitable; comprendí que disminuirle es nuestra obra, y perfeccionarnos nuestro medio, nuestro único medio; que toda mejora social tiene que ser lenta, como el perfeccionamiento del hombre; y que esas fórmulas superiores para curar en un dia, en una hora, las llagas sociales, eran delirios de la soberbia y sueños del buen deseo. Los que adquirimos este convencimiento, debemos resignarnos á representar un modesto papel, y á que nos traten muy de alto á bajo los apóstoles de las reformas radicales é instantáneas. Tú podrás notar, que si nos conceden buena voluntad, nos miran con desdeñosa compasion, como á pobres gentes sin elevacion en las ideas ni energía en el carácter, esclavos de la rutina é incapaces de elevarse á altas concepciones científicas. En cuanto á mí, nada importa; estoy resignada hace tiempo á ser una operaria humilde de la obra social: pero á ti es facil que te fascine esa altivez, y que midas la ciencia por el orgullo, y mas cuando las promesas que te hacen halagan tu deseo.

Debemos distinguir, no obstante, entre el *derecho* al trabajo y la *organizacion* del trabajo. El primero es un imposible; la segunda lo es tambien si se cree hallar con ella un remedio á todo género de miserias é injusticias sociales, que tienen su origen en la imperfeccion del sistema económico actual: pero en cierto sentido es un hecho. Desde que se ha empezado á trabajar, ha empezado á *organizarse* el trabajo, y esta organizacion se perfecciona á medida que se ilustra y se moraliza la sociedad. Del trabajo del esclavo, del siervo ó de los gremios al trabajo libre, hay un inmenso progreso; pero de esto no hemos de hablar por incidencia, sino largamente y otro dia.

Concepcion Arenal.

No importará ciertamente á los lectores el saber cómo ni por dónde ha llegado á nuestras manos el manuscrito, del cual vamos á copiar algunos fragmentos.

Es el diario en que un pobre consigna los sentimientos que experimenta y las impresiones que recibe. Agenas estas páginas á

toda pretension literaria, como destinadas á quedar oscurecidas, nos ha parecido sin embargo hallar en su sencillo lenguaje alguna enseñanza útil para los ricos que viven indiferentes á las miserias ajenas; para los pobres que carecen de resignacion; y para todos indistintamente, ricos ó pobres, los que nos creemos desgraciados cuando nos hiere la mano de la desgracia, y descuidamos utilizar un manantial de consuelos que llevamos en nosotros mismos. Para explotar ese manantial solo se necesita dar á nuestro espiritu algunos ratos de concentracion, é impregnarlo en un sentimiento de serena bondad para todo.

Esto es lo que resalta en el Diario que tenemos á la vista, y esto es lo que nos mueve á darle publicidad.

Antonio Guerola.

PAGINAS DE UN POBRE.

I.

Que soy pobre, nadie lo duda: me lo dicen todos; y yo, mas que nadie, lo conozco. A falta de otros titulos que los hombres me niegan, el de pobre lo merezco sin disputa.

No tengo mujer ni hijos; para mí concluyeron los goces de familia: la tuve, y Dios me la arrebató. Vivo solo.

No tengo amigos, ¡quién ha de ser amigo de un pobre! Cuando no lo era, creí tener algunos. Hoy, mi único amigo es mi perro.

No poseo bienes de fortuna: vivo miserablemente con recursos inciertos é insuficientes.

He tenido una regular educacion, y esto, lejos de ser una ventaja, se convierte ahora en una nueva desdicha, porque me hace mas sensible al dolor fisico y moral.

Desconozco ya los placeres del mundo; carezco de ambicion, porque á nada puedo aspirar; no sé lo que es la gloria mundana, porque nunca la he disfrutado ni merecido; de riquezas sé tan solo lo que he leído en los libros, y lo que he visto en las personas que las disfrutaban; y en cuanto á esas sensaciones del corazon que bastan á hacer feliz al hombre mas desventurado, concluyeron para mí con el desengaño de haber adorado á una muger indigna de adoracion.

Vivo pues aislado en este mundo bullicioso: soy un solitario en medio de la sociedad: mi existencia se desliza entre seres con los cuales estoy incomunicado, cual si habláramos ellos y yo distinto idioma.

Tal conjunto de desventuras debieran producirme, ó la insensibilidad del idiota, ó la desesperacion del suicida, ó la santa conformidad que da la fe religiosa, cuando domina nuestra alma.

Pero yo, para ser en todo desgraciado, ni aun tengo por completo ninguno de estos medios que de un modo ú otro terminarian mis penas. No soy insensible, porque aún tengo corazon; no he sido suicida, porque no me ha abandonado el juicio hasta ese punto; y en cuanto á la fe religiosa, soy un sincero creyente, bendigo la mano de Dios que me hiere ó me consuela, pero no me reconozco, ni tan purificado como un santo, ni tan fervoroso como un Job; y tal necesitaria ser para que la resignacion cristiana bastase á hacerme feliz del todo.

En tal estado, pues, como no desconozco que en esa resignacion hay para mí un deber, una necesidad y una ventaja inapreciable, quiero ayudarla con mis propias reflexiones, no para que estas reemplacen el consuelo religioso, que es irremplazable, sino para que lo fortalezcan. Traeré á mi razon en apoyo de mi fe, débil algunas veces; y con la observacion de cuanto me rodea, y con la anatomía moral de las impresiones de mi alma, trataré de resolver este problema:

El ser pobre ¿equivale á ser desgraciado? ¿Lo soy tanto como parece, ó hay en mí recursos ocultos que puedo utilizar sin auxilio de nadie? Veámoslo.

Ante todo siento por base que es mal sistema el de las comparaciones, y quiero prescindir de ellas. El goce de otro comparado con mi pena, y el dolor ageno en presencia de mi felicidad, no añaden, intrínsecamente considerados, ni un átomo mas á mis propias satisfacciones ó amarguras. Si me fijo en una persona mas desdichada que yo, sentiré compasion, pero mi desdicha no por eso disminuirá. Si vuelvo los ojos á otra mas venturosa, mi desventura, sin aumentarse por ello en lo mas mínimo, me ofrecerá una pena nueva y distinta; la envidia, tormento sin consuelo del hombre á quien domina.

Además, las comparaciones suelen ser falaces. Se fundan en el exterior, y muchas veces la verdad se oculta en un interior muy distinto de la apariencia. Tal persona me parecerá gozar una felicidad envidiable, y sin embargo, si su alma se comunicara con la mía, si recíprocamente pudiéramos uno y otro aparecer ante nuestros ojos con la verdad con que aparecemos ante Dios, tal vez resultaría que yo, pobre y oscurecido, soy mas feliz que el rico que parece serlo en demasía.

II.

Me siento en completa salud. Mi razon discurre serena y despejada: mis sentidos traen al alma las sensaciones que recogen en el mundo exterior en que penetran: mi organismo obedece con regularidad á la marcha que le trazó el Criador: el cerebro funciona con desembarazo: los pulmones aspiran el ambiente necesario para la vida: mi corazon late con el movimiento acompasado de la máquina mas perfecta: tomo el alimento con fruicion y lo digiero con facilidad: tengo vista clara para admirar las bellezas de la creacion, oidos para escuchar las armonías naturales y artificiales, olfato para recrearme con el perfume de las flores: duermo en fin con tranquilidad..... ¡Qué cúmulo de bienes se encierra en la palabra *salud*!

Perder uno solo de ellos constituye una desgracia segun la apreciacion vulgar del mundo; y sin embargo, el disfrutarlos todos no se considera, como es en sí, como una grande felicidad. ¡Notable obcecacion de nuestro espíritu!

Si á un ciego le restituyen la vista, á un paralítico el movimiento ó á un enfermo el vigor de la salud, se considera venturoso, y si no carece enteramente de fe religiosa, exclamará con fervor: «¡Gracias, Dios mio!»

Pues si yo tengo ahora todo esto ¿por qué no he de saber apreciarlo? ¿Ha de ser preciso perderlo para conocer lo que vale? ¿No se ve aquí una insensatez notoria, y una ingratitud que tiene tanto de ilógica como de irritante?

¡Ah! consiste en que vivimos aturridos; que no reflexionamos; somos como los niños; creemos que todo nos es debido, y que el tener salud es una especie de derecho, cuando es solo un beneficio grande, superior á todos los que podemos disfrutar en esta vida.

Y para cerciorarme de ello basta que ponga en parangon mi pobreza sana con la opulencia enferma. Salgo de mi casa, respiro el aire del campo, hago gimnasia de espíritu y de cuerpo, y gozo el bienestar que esto produce. Pero pasa por mi lado en lujoso tren una dama llena de riqueza y de fausto. Exteriormente juzgando ¿qué distancia de ella á mí! En ella brilla el lujo, la grandeza y las ventajas de la fortuna; en mí todo es miseria. Y sin embargo, en el fondo, que es la realidad, tal vez los papeles están trocados; ella es la desventurada, y yo el dichoso. Quizás esa elegante dama lleva en su pecho un cáncer que abrevia rápidamente sus dias, ó sufre penas morales que la torturan, ó busca un sueño que huye de sus ojos, ó empieza á comprender que se le forma alguna de esas lesiones orgánicas, tan propias de la vida agitada del gran mundo, que en un

momento inesperado han de romper un vaso cerebral ó detener la circulacion de la sangre, produciendo la muerte instantánea. Dadas estas condiciones, ¿quién es el desgraciado? ¿El magnate ó el pobre? La respuesta no es dudosa. Nadie cambia la salud por las riquezas; y yo desde mi modesta pobreza, envío hácia esa dama opulenta el sentimiento de mi mas tierna compasion.

III.

Vengo de dar un corto paseo. Durante todo él he querido hacer minucioso examen de las impresiones de la *vista*. ¡Qué tesoro de sensaciones deliciosas! ¡Y con qué indiferencia se miran generalmente!

Veo el resplandor brillante del sol; luego mas tarde el crepúsculo conmovedor, y la pálida luz de la luna. Aquí montañas grandiosas; allá campos y arbolado de hermoso verdor; mas lejos el espectáculo imponente del mar; y esparcida sobre toda esta creacion de Dios, veo tambien la actividad humana, que bulle, que trabaja, que se perfecciona, y que ofrece prodigios de su genio. Todo esto penetra en mi alma por el sentido de la vista: todo esto son manantiales de tiernas sensaciones.

¿Tengo una pena? Pues así como otros van á distraerla á un teatro, yo soy mas económico; voy á un teatro mayor, mas grandioso, y siempre expuesto á mis ojos. Me fijo en cualquier accidente de la marcha armónica de la naturaleza y de los seres que la animan; cualquiera, el que parezca mas insignificante, una hormiga por ejemplo.

En ese insecto, que todos pisotean con la mas completa indiferencia, encuentro motivos de admiracion y de asombro. Es un animal organizado como la generalidad de ellos, y cuya misma pequeñez es un verdadero prodigio. Si se nos enseñase un reloj de la dimension de una lenteja, todo encomio nos parecería escaso para ensalzar la habilidad del artífice; y sin embargo ¿qué son las ruedas de una máquina comparadas con los ojos, el estómago, los músculos y el instinto de una hormiga?

Ella me sugiere además consideraciones superiores á la de una admiracion estética. La existencia de ese diminuto animal revela una mano omnipotente que ha creado el mundo, y cuida de la hormiga como de todo lo que entra en el orden físico y moral del universo.

Yo tambien formo parte de ese orden: mi pobreza entra en los designios de la Providencia, como entra la opulencia de los ricos. ¿En qué me fundaría yo pues, simple criatura formando parte de la creacion, para quejarme del sitio y de las condiciones en que se me ha colocado? ¿Se queja el árbol de la lentitud de su crecimiento, la flor de la fragilidad de su vida, el pájaro de la monotonía de su canto, y la ola del mar de su impotencia para traspasar el límite de la playa? Al contrario, ¿no es todo esto un himno universal, por el cual las cosas creadas dan gracias á su Criador?

Pues lo mismo debo yo hacer en el orden moral. Pobre ó rico, bueno ó enfermo, no soy feliz ó infeliz sino cuando me conformo ó me sublevo contra el destino que Dios me ha designado. En la con-

formidad está el tranquilo goce de lo que me es dado gozar; en la rebelion se encierra el castigo anticipado de los que desconocen su verdadera mision en la tierra.

(Se continuará.)

EL CODIGO DE LA MISERICORDIA.

Enterrar los muertos.

La última obra de material socorro que á impulso de la caridad el hombre tributa al hombre en esta patria del trabajo y del dolor, es *enterrar los muertos*. «*Dormientium quieti, superstitem incolumitati;*» «para descanso de los que duermen, para salud de los que sobreviven,» dice una concisa y elegante inscripcion en el frontispicio de la portada del cementerio de una hermosa ciudad (*). En tan breves frases hállase encerrada toda la significacion é importancia de esta *obra de misericordia*. El reposo de nuestras cenizas es una aspiracion constante de nuestra vida; es tambien una especie de culto sagrado que las generaciones dan á las generaciones, y que viene á probar, por el sentimiento y la historia, la unidad del humano linage subsistiendo á través del tiempo y del velo de la muerte; y la aspiracion de este compuesto, espíritu y materia, en todas sus revelaciones á la codiciada inmortalidad, que en todo buscamos y con ansia apetece-

mos. Las tribus nómades llevando con reverencia en sacos, como acontecia en América, los huesos de sus padres; las tumbas de piedra en las colinas ó las encrucijadas de los campos, sirviendo de lugar de cita y de ara santa de religiosos sacrificios á los patriarcas de la vida pastoril; las graves y majestuosas calles de sepulcros, en donde yacian las urnas *cinerarias* que habian recojido las tristes pavesas de la *pyra* griega ó romana, y que adornaban (y adornan todavía en Pompeya) con imponente espectáculo las entradas de las ciudades, todo está diciendo que la humanidad respeta la muerte, y que ve algo mas allá.

El cristianismo, con la idea viva de la resurreccion, socavó mientras perseguido sus inmensas catacumbas, á las que la ley romana, la mas sábia y culta de todas las gentílicas, hizo respetar con aquella religiosa veneracion que imponia á toda humana sepultura, declarándola lugar sagrado y delito su profanacion: y traduciendo literalmente la palabra griega *cementerio*, dió á aquellas subterráneas galerías, que todavía asombran al mudo espectador que las visita, el bello nombre de *dormitorios* ó «lugar del sueño,» nombre impregnado de resignacion y fe.

Cumpliendo luego á la luz del día el artículo de su hermosa doctrina, *enterrar los muertos*, ha señalado y circuido esos *campos* que llama *santos* por su religiosa consagracion; ha erijido por do quiera

(*) Murcia.

las casas de los muertos. Apoyadas primero sobre el muro esterno de la parroquial iglesia, para consuelo de los que morian, y moralizador recuerdo á los sobrevivientes; introducidas mas tarde por atractivo de piedad dentro del mismo templo; llevadas despues mas lejos para salubridad de los apiñados vecindarios, la mansion tranquila de los que fueron junto al agitado oleaje de los que son, está diciendo con espresion silenciosa lo que dice la leyenda del fúnebre frontispicio: «Paz á los muertos. Salud á los que sobreviven.»

La idea de un cadáver insepulto hace estremecer nuestra fibra con honda repugnancia de lesa humanidad. Y hubo siempre en el mundo una piadosa virtud, que consistia en dar sepultura á los cadáveres, y una feroz é inhumana crueldad que, haciendo repulsivo alarde de enemistad ó desprecio, los dejaba espuestos á la injuria de las profanaciones y á la voraz osadía de los animales rapaces. La historia dulcísima de Tobías en el Antiguo Testamento, presenta un edificante y simpático modelo del varon *misericordioso*, que por hábito practica esa humanitaria virtud, que da «paz á los muertos y salud á los que sobreviven;» y no habrá el lector olvidado que en una interesante escena de su breve y afortunado drama, conmueve el poeta Serra en nuestros mismos dias las fibras todas del entusiasmado público, con solo presentar á su imaginacion, al pálido lucir de macilenta luna, aquel varon eminente, gloria de las letras, Frey Lope de Vega, doblando sobre el suelo el manteo para dar sepultura al cadáver de un desgraciado que yacia insepulto, acompañado tan solo del llanto y gemido de su desconsolada hermana.

Por todas partes *las obras de misericordia* nos conducen á un fin y á un resultado: á la civilizacion de la humanidad, á la mútua ayuda de los hombres, al remedio de las miserias, al ennoblecimiento del corazon, al goce mas puro del espíritu, ya hagan al hombre *visitar los enfermos, ya dar de comer al hambriento, ya dar de beber al sediento, ya vestir al desnudo, ya dar posada al peregrino, ya redimir al cautivo, ya enterrar los muertos.*

Esta es la mitad del *Código de la misericordia*, que ofrece socorro á las necesidades materiales de la humana vida. Otra mitad hay, la mas sublime, que con efusion y eficaz dulzura lleva remedio á las necesidades y gozijas del alma.

Cárlos Maria Perier.

CASAS DE PRESTAMOS (*).

Madrid 19 de mayo 1871.

Señores Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD.

Muy Señores míos y de toda mi consideracion: He leído con el mayor gusto el artículo que ha publicado LA VOZ DE LA CARIDAD

(*) La abundancia de materiales nos ha hecho retrasar la publicidad de esta carta, que nos parece interesante. Damos las gracias á su incógnito autor.

con el título de *Montes de Piedad y Casas de préstamos*, en que se presenta el paralelo de ambas clases de establecimientos, deduciendo con el mayor acierto la enorme diferencia que entre ellos existe por sus formas y su esencial objeto, y apuntando algunas observaciones acerca de los medios de disminuir, si no remediar por completo, los horribles efectos de la especulación sobre la miseria, que produce la usura de los prestamistas. Con toda la franqueza de que soy capaz, y contando desde luego con su mucha indulgencia, voy á tomarme la libertad de esponer mi opinion acerca de la última parte del artículo, esto es, tomándolo desde donde dice: *Vamos á los hechos tales como existen.*

Las Casas de préstamos que dan dinero sobre alhajas y ropas, no están sujetas, como VV. saben, á bases ni reglas generales; y como son muchos los especuladores sobre este inmoral negocio en Madrid, cada cual trata de atraerse la clientela, variando y modificando sus condiciones segun mejor le parece; de suerte que no puede decirse que prestan al 60 por 100 como un hecho cierto, ni aun como maximum, segun sean las circunstancias del negocio; lo mismo puede bajar al 20 por 100 anual que subir al 100 por 100, pero por mucho que baje, siempre resultará usurario.

Las admiraciones que se hacen despues sobre lo inconcebible que parece el que se prefiera recurrir á las Casas de préstamos en vez de dirigirse al Monte de Piedad, creo que pueden omitirse, si con mas datos nos fijamos en las causas que pueden existir: todo tiene su esplicacion, y yo la encuentro en las siguientes razones.

1.^a A todo el que sustrae ó roba un objeto de algun valor, debe quemarle el tenerlo en su poder y presentarse á venderlo, por lo que le espone á ser descubierto y castigado; piensa en hacerlo dinero cuanto antes, y aunque sea perdiendo mucho de lo que entiende que vale, no halla medio *mas breve ni reservado* que empeñarlo, y empeñarlo en una *Casa de préstamos*.

2.^a Para hacerlo con preferencia al Monte de Piedad, se le ocurre que en aquella se entiende con una ó dos personas, á solas, en una habitacion, y despacha en pocos minutos y en la mayor parte de las horas del dia; en el Monte de Piedad tiene que ir á horas determinadas, *gastar mucho tiempo*, esperar turno mezclado con muchas personas de todas clases, entre las cuales puede encontrar algunas que le conozcan, y no quiere que alli le vean, y sufrir *cierta publicidad* que, aunque cambie de nombre, teme le comprometa.

3.^a Los que tienen que empeñar lo que no es mal adquirido, prefieren tambien las Casas de empeños por *la mayor reserva* que ofrecen, y por la facilidad y *brevedad* que encuentran en que se les despache, pues en muchos casos su necesidad de encontrar dinero es inmediata, á veces urgentísima, para comprar alimentos, medicinas para un enfermo, preparativos para un viaje repentino, etc., etc.

4.^a Finalmente, en las Casas de empeño ó en muchas de ellas, se admiten ropas usadas, que no se pueden empeñar en el Monte de Piedad.

Para conocer bien muchas cosas, es necesario haberlas tocado prácticamente. El empeño de alhajas de oro, plata y pedrería se hace en el Monte de Piedad por un año; el de las ropas, efectos de metal,

marfil, etc., por seis meses. En unos y otros se paga adelantado el 6 por 100 anual, y cuando se renuevan los empeños, cada vez el 7 por 100. El producto de lo vendido en almoneda por no haberlo redimido sus dueños ni renovado á los vencimientos, se conserva por espacio de 10 años á disposicion de estos, y se les entrega, deducido el reintegro al Monte, y *pagando al establecimiento el 5 por 100.*

Cuando en 1702 pensó en esta benéfica institucion el Capellan de S. M. en las Descalzas Reales D. Francisco Piquer, y llegó á organizarse y ponerse bajo el cuidado de una Junta en el año 1713, se hacian los préstamos de un fondo de limosnas que se habia formado, y se conservaban las alhajas en garantía *por un año, y mas cuando se pedia próroga, durante cuyo tiempo podian desempeñarlas por la misma cantidad que las empeñaron, sin el menor interés.*

He hablado de *publicidad y pérdida de tiempo* en el Monte de Piedad, y voy á demostrarlo. Hace cuatro años, y no por interés mio, gracias á Dios, sino para cumplir el encargo de un amigo, concurro en dos distintos meses á renovar empeños suyos de alguna importancia, por los que pago el 7 por 100, y cada vez que me ocurre, gasto de *dos horas y media á tres* en que se me despache, poco mas ó menos como sucede á los demás que van á empeñar, desempeñar ó renovar, porque á todos se atiende simultáneamente. Nada quiero decir de la concurrencia entre la cual hay que esperar el turno para cada trámite.

El salon en que se pasan aquellas horas está dividido longitudinalmente por un tabique de madera de unos $2\frac{1}{2}$ metros de altura: en su parte exterior espera el público; en la interior están los tasadores, oficiales de libros y demás empleados, desempeñando sus funciones, y continuamente el público *oye clara y distintamente* estas ó semejantes voces: *Ana Jimenez..... un cubierto de plata; una palmaria de idem; tres sortijas..... Policarpo la Torre..... doce varas de damasco amarillo, cuatro sábanas de hilo sin mojar, etc.* Esto en cuanto á la reserva: y nada quiero decir tampoco de la manera..... con que se llama, se invita á sentarse ó se manda estrechar en los bancos á este público que va á pagar allí el 6 ó el 7 por 100, de que se sostienen aquellos tasadores y demás empleados; pero no puedo omitir el que mas de una vez he levantado mis ojos al retrato de cuerpo entero del Capellan Sr. Piquer, que está en la misma sala, y exclamado en mis adentros: «¿sería tu mente que se auxiliase de esta manera al necesitado en el benéfico establecimiento que fundabas?»

En lo esencial el Monte de Piedad marcha bien, asi como la Caja de ahorros; socorren ambos muchas necesidades, moralizan á las clases menos acomodadas, y estimulan á la prevision y la economía. Creo que se observen bien sus reglamentos, vigilados por Juntas compuestas de personas dignísimas é independientes, que, gratuitamente y con la mayor abnegacion, concurren diariamente, turnando á inspeccionar los libros, la intervencion y la Caja; y sería muy de desear que se generalizasen estos pios establecimientos á lo menos en todas las capitales de España: pero en medio de todo, creo que *en la forma y aun en la esencia* pudiera mejorarse mucho el de Madrid, y sobre uno y otro voy á decir algo.

Si, como tengo entendido, uno de los edificios que se están cons-

truyendo ó se van á construir en el solar de San Martin, se destina al Monte de Piedad, hecho espresamente al efecto, podrán con mayor desahogo establecerse en él las oficinas y despachos necesarios, para que ciertas operaciones se verifiquen con la independencia y reserva que están reclamando el decoro y hasta la caridad. El interés que en el dia se exige en los empeños y las renovaciones es excesivo, pues deduciendo de él, aunque sea en su totalidad, el 4 por 100 que de ello se pasa á la Caja de ahorros para el abono de intereses á los imponentes en este establecimiento, todavia el 2 y 3 por 100 de la diferencia permite, no solo pagar todas las obligaciones de ambos, sino tener un fondo de reserva de muchos miles de duros, de que ahora se dispone para el nuevo edificio. Convengo en la necesidad de un fondo de reserva, pero hasta cierto límite. Si esto fuese una prueba del desahogo del Monte, creo que pudiera aumentarse algo el personal, para que el público fuese servido con mas espedicion; ó bien aumentar á las dos sucursales que tiene en la plazuela de San Millan, n.º 11, y en la Corredera de San Pablo, n.º 22, otra ú otras dos. Tambien convendría que entre las atribuciones de la Junta de Señores, entrase la de vigilar el comportamiento con el público en las horas que este concurre.

En España desde remota antigüedad han existido muchos establecimientos benéficos de auxilio y préstamos, ya generales ya especiales para clases determinadas; y la creacion de los Pósitos en favor de los labradores data desde la dominacion de los Romanos en nuestra pátria. Sobre las vicisitudes por que ha pasado esta institucion benéfica en el presente siglo, y particularmente de 30 años á esta parte, podria ofrecer muchos y fehacientes datos mi amigo el Sr. Guerola. Tambien en el reinado del gran Carlos III se crearon y generalizaron mucho las Sociedades gremiales de diferentes clases, siendo uno de sus principales objetos el auxilio y fomento de la agricultura y de ciertas industrias y artes, y entre otras la asociacion de cultivadores y cosecheros de Málaga, que mereció á la buena memoria de aquel monarca la acuñacion de una gran medalla en que se le llama *Padre de la pátria*.

Pero en medio de todos estos auxilios, protegidos por los Gobiernos en los buenos tiempos de España, nada ha sido bastante á contener la especulacion sobre la miseria, y los préstamos usurarios, fomentados por la desmoralizacion de las clases y la ignorancia, y aunque de una manera indirecta *muy poderosamente por las trabas y vicios de las mismas instituciones benéficas en su organizacion y administracion*; porque el misterio que VV. encuentran incomprensible, está en el modo y forma de hacerse los préstamos, en la prontitud y la reserva.

Si VV. tienen la paciencia de leer estas mal trazadas líneas, no dudo que tendrán la necesaria indulgencia para perdonarme el atrevimiento de dirigírselas.

De VV. con toda consideracion B. S. M.

Un suscritor á LA VOZ DE LA CARIDAD.